

tro del debate una cuestión como la justicia que está contribuyendo a una creciente renovación de la gran tradición de la filosofía moral y política. En ese sentido, hay un antes y un después de Rawls, como se demuestra con la extensión y diversidad de interpretaciones, críticas y nuevas teorías que han ido surgiendo desde mediados de la década de los 70 del pasado siglo y que continúan en la actualidad. Quizás uno de los más interesantes ejemplos de continuidad y discontinuidad respecto a la teoría de la justicia de este autor, al menos desde mi punto de vista, se encuentra en las aportaciones de Nancy Fraser y su propuesta más reciente de una teoría de la «justicia democrática postwestfaliana», basada en una idea de justicia tridimensional —social, de reconocimiento, de representación— que debería alcanzarse en un marco global, definitivamente superador del de los Estados-nación en el que el filósofo norteamericano, a pesar de todo, se mantuvo (11).

Hasta aquí, por tanto, un breve repaso al recorrido que hace Bhikhu Parekh por los caminos que han ido abriendo estos grandes pensadores que, con sus certezas e intuiciones pero también con sus dudas y su evolución a veces contradictoria, ayudaron a encontrar nuevos senderos por los cuales transcurren las corrientes de pensamiento más recientes.

*Jaime Pastor Verdú*

JACQUES THOMASSEN ed.: «The European Voter: A Comparative Study of Modern Democracies», Oxford University Press, 2005.

El libro tiene una doble función. Por un lado, pretende describir y explicar sistemáticamente, desde una perspectiva comparada, los cambios electorales que han ocurrido en seis países de la Europa Occidental como son Alemania, Dinamarca, Gran Bretaña, Holanda, Noruega y Suecia en la segunda mitad del siglo xx. Por otro lado, pretende comprobar la validez de la teoría de la modernización: con el tiempo, el poder explicativo de las variables estructurales como la clase social y la religión para explicar el comportamiento electoral, pierden importancia con relación a los factores de más corto plazo. En este sentido, la hipótesis básica que se comprueba es que los cambios en el comportamiento electoral son causados por una tendencia secular en el desarrollo de las sociedades de esos países y por el contexto político-institucional.

---

(11) «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *New Left Review*, edición española, núm. 36, enero-febrero 2006.

La estructura del trabajo sigue un esquema muy parecido al *embudo de causalidad* de la escuela de Michigan. Después de presentar una revisión del sistema de los partidos en los seis países y de analizar las tendencias en el voto, se pasa a analizar la estructura social donde la religión y la clase social son las variables claves. En segundo lugar, vienen las predisposiciones a largo plazo, compuestas por la identificación partidista, las orientaciones de los valores y las orientaciones ideológicas. Según este esquema, las predisposiciones a largo plazo condicionan los factores a corto plazo que se concretan en las variables de asuntos o *issues*, los juicios retrospectivos y los líderes políticos. Tanto las predisposiciones como los factores a corto plazo conforman el contexto político-institucional. Todo ello influirá en la variable dependiente, la elección partidista.

El libro tiene una estructura lineal que seguiré en la exposición. Primero, trataré el sistema de partidos y luego el asunto de la participación. En tercer lugar, hablaré del contexto político institucional desde las predisposiciones a largo plazo y los factores a corto plazo. Por último, abordaré el libro desde una perspectiva crítica más general.

El segundo capítulo, escrito por Hans-Dieter Klingemann, es una descripción histórica de los seis sistemas de partidos a partir de la II Guerra Mundial. Debido al pequeño número de casos, no se puede contrastar una hipótesis general. Sin embargo, hay tres variables importantes de los sistemas de partidos, como son el grado de fragmentación, el de polarización, y el de volatilidad, que se traducen, en dos hipótesis basadas en argumentos estructurales como son las de estabilidad y del cambio secular a largo plazo también conocida como el «desalineamiento»; y en una tercera, llamada la de «cambio errático a corto plazo», que se sustenta en la importancia de la estrategia de las élites partidistas. La hipótesis de la estabilidad proviene de Lipset y Rokkan (1967: 50) cuando dicen que «el sistema de partidos de los sesenta refleja con pocas excepciones, pero significativas, las estructuras de clivajes de 1920». En otras palabras, el alto grado de continuidad está causado por relaciones estables entre los partidos y sus votantes. La segunda hipótesis predice que el cambio secular a largo plazo —que proviene de Dalton *et al.* (1984:451) cuando dicen que: «los alineamientos electorales están debilitándose, y los sistemas de partido están viviendo una mayor fragmentación y volatilidad electoral»— las orientaciones de los valores de los votantes han cambiado de una perspectiva materialista a una post-materialista provocando cambios en los valores a largo plazo del apoyo a los partidos. La hipótesis de «los cambios erráticos no lineales» se centra en la importancia de las estrategias de las élites partidistas para ganar apoyo de los votantes. Los resultados no permiten sustentar la hipótesis de la estabilidad puesto que

las medidas de fragmentación, polarización y volatilidad muestran grandes cambios durante el período de tiempo analizado. Sin embargo, sí que se puede aceptar la hipótesis de «desalineamiento» debido al constante incremento de volatilidad y de «los cambios erráticos no lineales».

La primera variable en la que se puede ver reflejado el cambio en el comportamiento electoral es en la participación de las elecciones. Y es que el declive está en contraposición con el incremento del nivel educativo y de la información, que deberían llevar a aumentos constantes de la participación. La teoría de la modernización da dos razones por las que la participación debería reducirse. En primer lugar, más educación y más información pueden llevar a relativizar la democracia electoral y nuevas formas de participación pueden reemplazar a formas más convencionales. En segundo lugar, predice que los ciudadanos, para expresarse políticamente, no sólo utilizan el voto, sino otras formas que pueden llegar a sustituirlo como forma de expresión política. En este sentido, el tercer capítulo escrito por Kees Aarts y Bernhard Wessels aborda tres preguntas muy concretas: ¿se ha reducido la participación?; ¿cuáles son los efectos de la edad, del nivel de la educación, del interés político y de la eficacia política en el voto?; y, ¿cuáles son los efectos de las circunstancias contextuales y específicas de las elecciones en el voto? Se inicia con una discusión en la literatura sobre la propia definición de participación puesto que autores como Wattenberg (2000) o Patterson (2000) han encontrado declive en la participación mientras que otros contradicen esos resultados (McDonald y Popkin, 2001). Se define participación como el porcentaje de los votantes registrados que, en efecto, votan. Uno de los resultados más destacables del capítulo es que, por un lado, ningún enfoque que se concentra en los recursos, como el modelo socio-económico, que incluye factores tales como la educación y la edad, puede contribuir considerablemente a la explicación de la participación. Pero, por otro lado, estas variables tienen una importancia considerable para explicar la participación debido a las diferencias entre los grupos socio-económicos. Los resultados también indican que los ciudadanos no van a votar automáticamente y, en cierta medida, la decisión del voto depende de otros factores distintos a la edad, la educación, el interés político y la eficacia política, cumpliéndose una parte de la teoría de la modernización. En definitiva, la decisión para votar o abstenerse depende obviamente en gran medida de factores contextuales, esto es, la percepción de la situación concreta, y en mayor medida a otros factores no medidos, algunos de los que están relacionados con el tiempo, otros específicos a cada elección o vinculados al votante. Sorprende, en este capítulo que aborda la participación, no ver citados los trabajos de Franklin (1992, 1996) y más cuando se recogen por otros autores del libro.

Tampoco se tienen en cuenta factores determinantes en el voto: por ejemplo, no se menciona el papel de los grupos de iguales en el voto, como hacen Huckfeldt y Sprague (1987, 1991, 1995) o Fowler (2005).

Después de estudiar la participación, Maria Oskarson trata la primera parte del marco teórico, la estructura social, a partir del modelo social de clivajes tal y como lo formulan Lipset y Rokkan. En breves palabras, el modelo dice que los cuatro clivajes resultantes de los procesos históricos que se desprenden de las respectivas revoluciones nacionales e industriales han estructurado el sistema de partidos europeos. Así, se observarían los clivajes tradicionales entre religión/secularización, centro/periferia, urbano/rural y trabajadores/empleadores. Dicho modelo conlleva tres aspectos relevantes en la relación entre grupos sociales y partidos —la fuerza de los alineamientos entre los grupos sociales y los partidos organizados alrededor de los clivajes, la composición social en los clivajes más importantes en ciertas sociedades, y la «claridad» del partido representando los grupos sociales—. En este contexto, la pregunta de Oskarson es si el modelo social de clivajes sigue siendo válido. Como resultado, concluye que tanto el voto de clase como el voto religioso no han desaparecido por completo, si bien se ha reducido su nivel comparado con los niveles de la década de los sesenta. El declive progresivo de los partidos de clivajes, de sus grupos tradicionales, de la clase trabajadora y de los practicantes religiosos, se ha compensado en la gran mayoría de los casos con el apoyo de grupos crecientes de clases medias y no religiosos. En general, en los sistemas de partidos incluidos en el análisis, los partidos socialdemócratas y cristianodemócratas, siguen siendo los partidos mayoritarios. El voto por el clivaje social se debe entender como el resultado de una interacción entre los grupos en la sociedad, por un lado, y los partidos políticos y demás actores políticos, por otro. En el capítulo, Oskarson utiliza una metodología contrafactual muy interesante y productiva.

El segundo paso en el marco teórico consiste en el análisis de las predisposiciones a largo plazo que se sustentan en tres pilares: la identificación partidista, las orientaciones de los valores y las orientaciones ideológicas. Para cada uno de ellos, se dedica un capítulo. Berglund, Holmberg, Schmitt y Thomassen tratan la identificación partidista. La teoría de la modernización dice que, en tanto que los votantes disponen de más información y de mayores recursos para manejarla, estos ahora son más capaces de manejarse con las complejidades de la política y tomar sus propias decisiones. Por eso, la hipótesis que contrastan en el capítulo quinto es que para los seis casos se espera un declive de la identificación partidista. La primera evidencia indica que, efectivamente, la identificación partidista es menor en la década de los noventa que en la de los sesenta. Ahora bien, como indican, la identificación

partidista ha evolucionado de forma distinta a lo que preveía la teoría de la modernización. Como sugieren los autores, es posible que esos cambios se deban a efectos periódicos y a eventos específicos en cada país. En este sentido, comprueban una hipótesis en la que el nivel de la «identificación partidista en cualquier país y en cualquier momento es mayor cuanto más polarizados estén los partidos políticos» y otra que se refiere al nivel micro y establece que el nivel de identificación partidista de los individuos llega hasta el punto en que perciben las diferencias ideológicas entre los partidos políticos relevantes. Los resultados confirman esta hipótesis, aunque no en todos los casos y además son capaces de demostrar al nivel del votante que las percepciones de la polarización ideológica conducen a la identificación partidista. En conclusión, no hay declive monótono en la identificación partidista puesto que los cambios se deben a razones específicas de cada país; la polarización política es un factor en la evolución de la identificación partidista; y esta y el voto son elementos más independientes en las últimas décadas.

El segundo pilar que fundamenta las predisposiciones a largo plazo son las orientaciones de los valores y esa es la labor del capítulo sexto de Knutson y Kumlin. Después de un análisis de la literatura, las dimensiones de valores que identifican para analizar la relación entre la orientación de valores y la elección partidista son los valores religiosos *versus* los seculares o morales; la diferencia entre la izquierda y la derecha económica; la visión libertaria/autoritaria y las orientaciones de crecimiento económicas frente las ecológicas. A partir de estas cuatro dimensiones surgen dos hipótesis. La primera, la de la movilización lineal cognitiva, dice que el impacto del modelo total de valores, incluyendo tanto las viejas como las nuevas orientaciones políticas, aumentará con el tiempo, incluso controlando por variables estructurales tradicionales y viene a ser relativamente más importante que los clivajes tradicionales estructurales o sociales. La segunda hipótesis dice que las nuevas orientaciones de los valores políticos aumentarán su impacto en la elección partidista con el tiempo en un sentido absoluto y relativo, comparado con la estructura tradicional de clivajes (religión y clase social) y las viejas orientaciones políticas. El impacto tanto de las variables estructurales como de las viejas orientaciones decrecerá con el tiempo y, las nuevas orientaciones aumentarán su impacto causal en la elección partidista incluso controlando por las variables estructurales. Las dos últimas hipótesis dicen que mientras todas las posiciones teóricas suponen que las nuevas orientaciones políticas aumentarán a largo plazo, cada una de las viejas, bien se mantienen estables e incluso pueden aumentar (hipótesis tres), bien pueden reducirse (hipótesis cuatro). Los análisis de las hipótesis uno y dos, indican que las orientaciones de valores tienen un impacto importante en la elección parti-

dista. En concreto, la hipótesis de la movilización lineal cognitiva sólo recibe apoyo a largo plazo, implicando que para conseguir un completo entendimiento de los efectos de los valores, hay que considerar otros contextos con factores más volátiles e impredecibles en los que tiene lugar el proceso de modernización.

Las orientaciones ideológicas son el tercer y último pilar en el que se sustentan las predisposiciones a largo plazo y que analizan Eijk, Schmitt y Binder en el séptimo capítulo donde no se incluye el caso británico pues no hay datos suficientes. El concepto teórico del eje izquierda/derecha es distinto de la noción de identificación partidista. Las orientaciones izquierda/derecha son uno de los factores determinantes en los componentes del voto. En este capítulo los autores se centran en la evolución temporal de las asociaciones entre la estructura social y las orientaciones, por un lado, y entre dichas orientaciones y la elección partidista, por otro. Con todos los datos que presentan, no se encuentra evidencia contundente del declive de la relación entre la estructura social y el eje izquierda/derecha. La fuerza de esta asociación varía en función del país, en función de las cohortes de edad pero no de forma sistemática; y también varía con el tiempo sin una tendencia clara. Además, uno de los hallazgos más interesantes para los cinco casos de estudio es que las orientaciones en el eje de izquierda/derecha de los votantes no son un espejo de su situación social. Las posiciones del eje izquierda-derecha están fuertemente relacionadas con la elección partidista. La fuerza de esta asociación varía entre países; entre cohortes pero no de forma sistemática (lo que les permite interpretarlo como efectos «generacionales»); con el tiempo, sin una tendencia particular que sea claramente discernible; y con el tiempo en todos los sistemas esta asociación está fuertemente correlacionada con el grado de polarización en el continuo ideológico.

Una vez vistos los elementos que componen el largo plazo, Pardal y Wijnen tratan el primero de los tres componentes de los factores a corto plazo que determinan el voto en el modelo teórico. La pregunta que quieren responder es hasta qué punto y cómo juega el «voto por asuntos» y cómo afecta durante la campaña electoral en el comportamiento electoral de los seis casos. En este caso, se aborda el «voto por asuntos» destacados en elecciones concretas; además, el modelo analítico obliga a controlar por valores y por orientaciones ideológicas para cuando se estudie la relación entre los asuntos y el voto. La primera hipótesis asume que el grado de polarización en cualquier estado afecta a la «estructura de oportunidad» política y, por tanto, al potencial para que se produzca el «voto por asuntos». En el caso de un sistema de partidos no polarizado, se debe esperar que los ciudadanos utilicen otros criterios para decidir sobre qué partido votar. Sus hallazgos demues-

tran que la importancia de los asuntos para explicar el voto es bajo en los seis casos. Contrariamente a la expectativa de las teorías de la modernización, los asuntos no han devenido más importantes para explicar el comportamiento electoral en las últimas tres décadas. Esto no quiere decir que no importen, sino que no se puede afirmar que el voto está completamente decidido por las actitudes sobre asuntos específicos. Más bien, cuando se combinan las prioridades de los votantes en asuntos importantes con sus percepciones sobre a qué partido pertenece el asunto se encuentra un efecto con algo de significación. Tampoco se observa relación entre la polarización partidista y la importancia electoral de los asuntos.

Listhaug, en el noveno capítulo, estudia el voto retrospectivo, segundo componente de los factores a corto plazo. A la luz de los trabajos de Lewis-Beck (1988), intenta averiguar si existe alguna evidencia para la hipótesis que indica que en las elecciones europeas, la economía debería estar reemplazando a los clivajes clásicos. En este sentido, se estudia la relación entre las evaluaciones y el apoyo a los partidos en el poder y cómo esta relación depende del liderazgo político y del contexto histórico. También se analiza qué aspectos concretos de la economía son importantes: percepciones prospectivas o retrospectivas, sociotrópicas o egocéntricas. Y también se pregunta si hay una tendencia a que aumente el peso del voto económico a la vez que declina la estructura tradicional de clivajes y emerge un votante más independiente. Hay que destacar varios resultados. En primer lugar, se demuestra que los votantes europeos son votantes económicos en el sentido que las evaluaciones negativas de la economía perjudican las suertes electorales de los partidos en el gobierno. Sin embargo, para los que esperaban que el voto económico estuviera aumentando, los resultados no son satisfactorios, pues no se encuentra evidencia que lo indique. También, se observa que los efectos económicos son de magnitud considerable en un porcentaje significativo de elecciones, también cuando se compara con las influencias de los clivajes y la ideología. Pero se dice que dichas comparaciones no son siempre fáciles de realizar puesto que los gobiernos de coalición en algunos países son muy heterogéneos en la división social e ideológica, lo que hace difícil comparar hipótesis sobre apoyo al gobierno y la elección de voto.

La tercera y última de las variables a corto plazo que estudian Curtice y Holmberg es la percepción de los líderes de los partidos. Según la teoría de la modernización, hay buenas razones para pensar que los votantes consideran que los líderes de los partidos hoy son más importantes en la forma en que influyen a los votantes que antes, puesto que los medios de comunicación transmiten las personalidades de dichos candidatos. El objetivo del capítulo es, por tanto, examinar la proposición por la cual los líderes cada

vez importan más en la determinación del voto contrastándolo de forma consistente en los seis casos de análisis. En forma de pregunta, ¿los votantes hoy votan por el líder del partido que más les gusta? Para responder, primero se fijan en si la gente vota con mayor probabilidad al partido cuyo candidato les gusta. Como cabe esperar, cuanto mejor se valora al líder, más probable es que se vote por el partido de dicho líder. El segundo hallazgo que muestran es que las valoraciones de los líderes son más importantes para los dos partidos mayoritarios en aquellos países más cercanos a tener sistemas en los que se alternan gobiernos de mayoría como son Reino Unido y Alemania. Sin embargo, estos resultados no evidencian que los líderes sean más importantes hoy que hace 30 años. Y tampoco pueden afirmar que los líderes tengan una mayor relevancia cuando las diferencias ideológicas son menos aparentes o cuando los líderes son populares o impopulares. Como apuntan, esto se puede deber a que la importancia de los líderes se ve condicionada por la estructura política en la que tiene lugar y, tal vez por eso, el impacto de los líderes sea tan variable e impredecible como lo son las personalidades humanas, si bien la evidencia ofrecida no les permite ser concluyentes.

La hipótesis básica del libro es que los cambios en el comportamiento electoral de las democracias europeas occidentales están causados en primer lugar por una tendencia secular en el desarrollo de las sociedades en estos países y, en segundo lugar, por el contexto político-institucional. Como los autores dicen, quieren contrastar la validez de la teoría de la modernización. Y hay muchos aspectos de dicha teoría que tienen todo el sentido, como pueden ser la validez de todos y cada uno de los factores a largo plazo que se analizan. El problema viene con los de corto plazo definidos a través de las variables de asuntos o *issues*, los juicios retrospectivos y los líderes políticos.

En primer lugar, cabe preguntarse si sólo son esos tres factores a corto plazo los más indicados para estudiar los cambios, si los hubiere, en la teoría de la modernización. Los autores no dan explicación alguna. Por ejemplo, ¿por qué se incluyen los candidatos? El argumento que utilizan de Manin es que «mientras la época de votar por las plataformas de los candidatos se ha acabado, la época de votar por los récords de los candidatos puede estar empezando» (1997:221). Pero la pregunta que sigue sin respuesta es la misma: ¿por qué? ¿Cuál es la razón por la que los votantes de hoy tienen más en cuenta los resultados de los políticos que hace 40 años? ¿Estamos seguros de que las promesas rotas de los políticos de hoy pesan más en el voto que hace años? Ciertamente es que hay mayor control, en tanto que los medios pueden ejercerlo de forma más eficiente y los votantes disponen de más información. Pero eso es distinto a decir que los políticos en la actualidad y tienen más importancia que hace años.

En segundo lugar, no se acaba de entender que si se quiere contrastar la teoría de la modernización se dejen de lado aspectos que pueden parecer muy relevantes. En pocas palabras, ¿por qué no se consideran las campañas electorales? Cabe pensar que, si la teoría de la modernización tiene vigor, las campañas electorales y los cambios tan relevantes que han sucedido en ellas en los últimos tiempos —como el incremento de los costes, el vínculo con los medios de comunicación, entre otros— seguramente sea una de sus consecuencias más evidentes e importantes. La hipótesis se podría contextualizar con la literatura existente: si los «efectos mínimos» propuestos por Lazarsfeld y sus colegas (1944) siguen vigentes, las campañas deben seguir teniendo un efecto limitado, lo que estaría en contra de la teoría de la modernización, mientras que si se demostrara lo contrario, dicha teoría podría estar confirmada.

Por último, además de la teoría de la modernización, hay otras tres que pueden explicar las diferencias en el voto (Norris, 2003). Los autores consideran explícitamente otra de las posibles teorías, la de la perspectiva institucional, sin mencionarla. La perspectiva institucional se centra en la forma de la estructura del estado que establece las oportunidades de participación, ejemplificado por argumentos de Powell (1986) y Jackman (1987) cuando explican las leyes electorales, el sistema de partidos y el acuerdo constitucional. De hecho, la hipótesis principal es una mezcla de las dos teorías, puesto que se hace referencia expresa a las instituciones. También conocemos la teoría de agencia de Rosenstone y Hansen (1993) quienes se centran en el papel tradicional de las organizaciones de la sociedad civil como los partidos políticos, sindicatos y grupos religiosos y que tampoco se menciona. Por último, tenemos el modelo del voluntarismo cívico de Verba, Scholzman y Brady (1995) que se centra en el rol de las desigualdades sociales en recursos como los educativos, el estatus socioeconómico y los factores motivacionales como el interés político, la información y la confianza de los que participan y que tampoco se menciona.

En definitiva, es un buen libro, muy bien estructurado y que utiliza una muy buena metodología. Cabe esperar futuras ampliaciones tanto de nuevos países como de nuevos ejes de conflicto en los que se estructura la competición partidista como puede ser algunos partidos populistas. El principal reparo es el centrarse en la teoría de la modernización olvidándose de otras tan importantes como las ya mencionadas. En cualquier caso, es un primer paso necesario para ver la evolución del voto de los ciudadanos europeos.

*Ferrán Martínez i Coma*

## BIBLIOGRAFÍA

- DALTON, R. (1984): «Cognitive Mobilization and Partisan Dealignment in Advanced Industrial Democracies», *Journal of Politics*, 46: 264-84.
- FOWLER, J. (2005): «Turnout in a Small World» en A. ZUCKERMAN (ed.): *Social Logic of Politics*, Temple U. Press.
- FRANKLIN, M. (1992): «The Decline of Cleavage Politics», en M. N. FRANKLIN *et al.* (eds.): *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge University Press.
- FRANKLIN, M. (1996): «Electoral Participation», en L. LEDUC, R. G. NIEMI y P. NORRIS (eds.): *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspective*, Sage, London.
- JACKMAN, R. (1987): «Political Institutions and Voter Turnout in Industrialized Democracies», *American Political Science Review*, 81: 405-423.
- HUCKFELDT, R. y J. SPRAGUE (1995): *Citizens, Politics, and Social Communication: Information and Influence in an Election Campaign*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HUCKFELDT, R. y J. SPRAGUE (1991): «Discussant Effects on Vote Choice: Intimacy, Structure and Interdependence», *Journal of Politics* 53: 1, págs. 122-158.
- HUCKFELDT, R. y J. SPRAGUE (1987): «Networks in Context: The Social Flow of Political Information», *American Political Science Review* 81: 4, págs. 1197-1216.
- LAZARSFELD, P. F., B. BERELSON y H. GAUDET [1944] (1968): *The People's Choice: How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Election*, 3<sup>rd</sup>, ed., Columbia University Press, Nueva York.
- MANIN, B. (1997): *The Principles of Representative Government*, Cambridge University Press, Cambridge.
- MCDONALD, M. P. y S. L. POPKIN (2001): «The Myth of the Vanishing Voter», en *American Political Science Review*. 95, 4: 963-975.
- NORRIS, P. (2003): *Democratic Phoenix: Reinventing Political Activism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- PATTERSON, T. (2003): *The Vanishing Voter*, Vintage, Nueva York.
- POWELL, B. (1986): «American Turnout in Comparative Perspective», *American Political Science Review*, 80: 17-43.
- ROSENSTONE, S. y M. HANSEN (1993): *Mobilization, Participation, and Democracy in America*, Maxwell MacMillan, Canada.
- VERBA, S.; K. L. SCHOLZMAN y H. E. BRADY (1995): *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*, 1st ed., Harvard University Press, Cambridge.
- WATTENBERG, M. P. (2000): «The Decline of Party Mobilization» en R. DALTON y M. WATTENBERG (eds.): *Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, Oxford.